

Luisa Valenzuela

COLA DE LAGARTIJA

INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

COLA DE LAGARTIJA



Luisa Valenzuela

COLA DE LAGARTIJA



INTERZONA

Valenzuela, Luisa

Cola de lagartija / Luisa Valenzuela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de

Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

264 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-119-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Argentina. 3. Novelas. I. Título.

CDD A860

Cola de lagartija fue publicada por primera vez en Argentina en 1983.

© Luisa Valenzuela, 2025

© interZona editora, 2025

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Corrección: Germán Giri

Asistencia editorial: Fátima Nieves García

Arte de tapa: Fernando Ozón

ISBN 978-987-790-119-1

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

INTRODUCCIÓN

“Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa”, afirmó Marx en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*.

Nuestro país sabe mucho de eso, pero más sabe del eterno retorno nietzscheano.

Hasta principios de 2024 creíamos que la farsa estaba reservada a escritores y escritoras de ficción (a las pruebas me remito), pero hoy por hoy nos asalta la duda porque tragedia y farsa se conjugan en una pesadilla de la que nos cuesta despertar del todo.

La presente novela, escrita en México en 1980-1981, en plena dictadura cívico-militar argentina, es una distopía barroca, atroz, hilarante. Un estilo irreproducible para su autora. Pero hoy, al revisar las pruebas para esta nueva reedición, la tragedia con sus atroces visos de farsa me golpea, al igual que el “cola de lagartija”, lacerante látigo creado un siglo atrás en la provincia de Corrientes para castigar a los humanos rebeldes.

En estas páginas el llamado Brujo, atendiendo una profecía años después de su forzada salida del gobierno, poco a poco se va apoderando no solo del paisaje de los esteros y sus habitantes, también y sobre todo del lenguaje.

Un grupúsculo de civiles pretennde al menos desenmascararlo. Y muy al comienzo leemos:

–Las cosas que últimamente ocurren son de la más pura brujería, no me lo vas a negar.

–Esta desgracia se repite cada tanto en la historia de la humanidad. Se llama fascismo.

–No tenía por qué ocurrirnos a nosotros. Un pueblo alfabetizado, brillante, trabajador, pacífico.

El eterno retorno, sin ir más lejos. Con cambio de instrumentos y de agentes, solo eso.

LUISA VALENZUELA
Buenos Aires, 2025

COLA DE LAGARTIJA



ADVERTENCIA

–Eso no puede escribirse

–Se escribirá a pesar nuestro. El Brujo dijo alguna vez que él hablaba con el pensamiento. Habría que intentar darle la palabra, a ver si logramos entender algo de todo este horror.

–Es una historia demasiado dolorosa y reciente. Incomprensible. Incontable.

–Le daremos al Brujo la palabra, insisto. Por otra parte se echará mano a todos los recursos, se mitificará en grande como corresponde.

–Podría ser peligroso

–Peligrosísimo. Se usará la sangre

–La sangre la usan ellos

–Claro. Le daremos un papel protagónico. Nuestra arma es la letra.

1981

LA PROFECÍA

Correrá un

(quién pudiera alcanzarlo)

Correrá un río de sangre

(seré yo quien abra las compuertas)

río de sangre

(fluir constante de mi permanencia en esta)

de sangre

(jeso sí que me gusta!)

(sangre, rojo color de lo suntuoso, acompañándome siempre, siempre para ador(n)arme)

y

¡basta! la conjunción copulativa me da asco

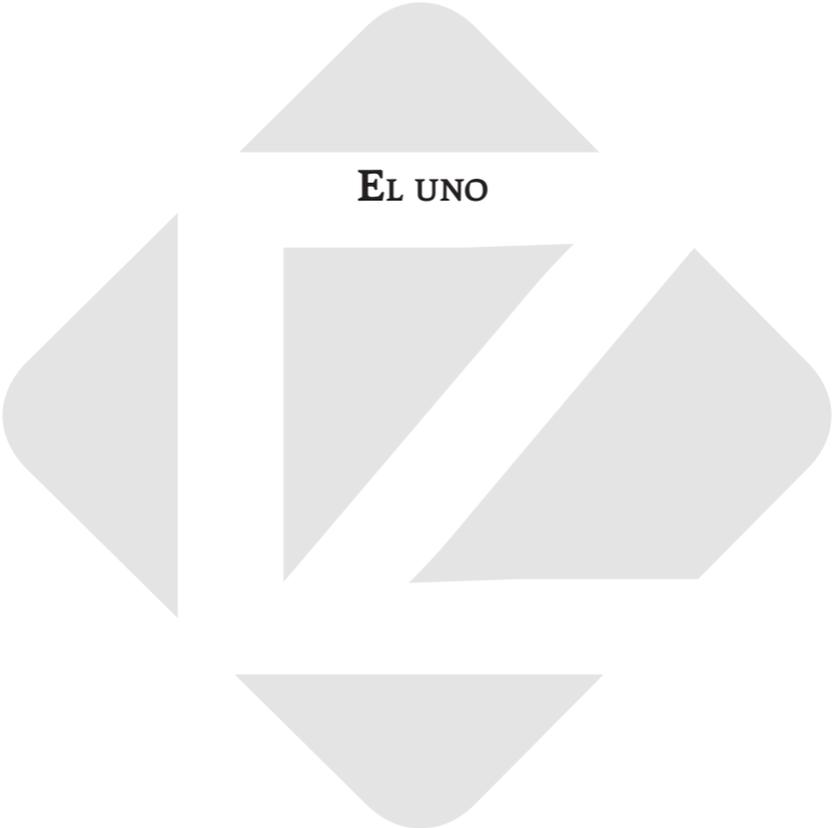
y Ventrán Veinte Años De Paz

–veinte años no es nada

–lo que vendrá puede ser postergado para siempre

–la paz ni la menciono, es el estatismo, es lo que congela, lo que no me concierne y no me considera.

Voy a cercenar la vieja profecía y el río seguirá corriendo para siempre por mi obra y mi gracia. Correrá un río de sangre al compás de mis propios instrumentos



EL UNO

EL ACORDEÓN

Desde mi más tierna infancia el acordeón me despierta esta especie de hormiguelo y es como si perdiera el norte pero gano la calma. La flauta en cambio no, la flauta me pone alerta. Y no hablemos de tambores, los tambores son algo bien distinto y haré sonar tambores a lo largo y a lo ancho de mi vida –cuando no recurra al bombo, cuando no recurra al bombo y eso sí que será esplendoroso.

¿Dije a lo largo, dije a lo ancho, dije *mi* vida? Qué estupidez. Uno acaba aplicando los lugares comunes de los otros como si uno fuera igual, como si pudiera tratarse de humanas dimensiones cuando a uno lo impregna lo infinito, eterno, aquello que lo abarca todo y es a la vez todo. Soy el Inmanente, soy la sal de la vida.

Así es y no me justifico. Si nunca (otra de las palabrejas de las que abomino) me he justificado antes no veo por qué habría de hacerlo ahora cuando por fin hemos logrado –con mi hermana Estrella, mi hermana que está en mí– aceptar plenamente la grandeza. Fue como irnos armando con arena: aceptar granito a granito de grandeza hasta configurar este nuestro único cuerpo. Y hoy, hechos por completo de arena, de la pura grandeza, el tiempo ya no pasa para nos y la barba que me he dejado crecer es una barba digna, de profeta –no es disfraz ni ocultamiento como han insinuado algunos de los pocos elegidos que aún tienen el enorme privilegio de poder contemplar nuestra persona.

Vienen a consultarme.

Vienen a consultarnos, a mi hermana y a mí, aunque todos ignoran el Secreto. Nadie nunca jamás (tralalá, de nuevo esta engañosa medición del tiempo, como si el tiempo contara para nosotros) me ha visto sin

ropa y por lo tanto nadie tralalá la ha visto a ella. Salvo aquel hombre, aquel que la reconoció y la bautizó y le dio el beso. Aquel hombre, el exmaestro, por suerte ya no pertenece más al reino de los vivos. Fue su/mi único beso de verdad. El Beso.

Otras muy distintas fueron alguna vez mis enamoradas. Todas aquellas simultáneas en rendirme homenaje. Ahora las he erradicado de mi mundo, por osadas, por diminutas y tenaces, las he exiliado de mi mundo que remeda el de ellas, pero mientras navego en mi isla de juncos ocurre algunas veces que los vientos me hacen pasar no lejos de su actual territorio y me pongo a observarlas con los largavistas. A ellas no alcanzo a verlas –diminutas y rojas como son– pero veo sus moradas, los tacurús, altos castillos con torres y almenas y mazmorras y diminutas celdas. Algo aprendí de ellas aunque no merecieron mi respeto. Una única hembra mereció tamaña distinción y esa cuando la conocí ya estaba muerta. Menos mal. Me salvé de caer en la temporalidad del amor o del deseo.

Las hormigas en cambio supieron de mí en vida y me reconocieron. Yo, tan tierno entonces, respondiendo al acordeón y las siestas. Dicen que mi madre gritó el doble al nacer yo y después se murió para siempre: no le quedaba otra cosa por hacer en este mundo. Dicen que ese día fue un día tan idéntico a los otros que nadie –ni mi madre– pudo reconocerlo y no fue para menos: desde mi nacimiento supe del inapreciable arte de la simulación y el mimetismo. Por eso algo más adelante mi cuna fue un cajón de frutas colgado de una rama y yo fui la flor milhombres durante largos días. Amarillo dorado con pintitas rojas, yo fui la flor milhombres mientras los no iluminados hablaban de sarampión y me daban brebajes.

Harina con agua. Mi madrina preparaba fideos, hacía guiso carrero y no más lo deglutía y digería. Venían después unas siestas muy largas, aplastantes, y yo con dos años apenas cuando el tiempo para mí era aún mensurable solía escaparles a esas siestas y al sonido tan triste del acordeón en las cocinas –casi como un lamento– y me iba por el lado de la risa. La tierra crujiente reseca por el sol agrietándose en sonrisas para mí, abriéndose en carcajadas hasta llegar a los tacurús, esos castillos. Y

las hormigas tan diminutas, rojas, ¿por qué tenían castillos y yo no? A mi hermana aún no la sabía pero creo que fue mi hermana, que habría de llamarse Estrella, la que me dio la idea. El escozor lo sentí precisamente allí donde ella mora –entre mis piernas– y atendiendo a ese escozor inauguré la costumbre de instalarme en la cumbre de los castillos. No el castillo más alto aquella vez, todavía no alcanzaba, pero elegí uno como hecho a mi medida y me senté sobre el castillo y desmoroné el castillo. En realidad un hormiguero pero fue mi primer castillo y las hormigas me reconocieron como era lógico suponer y me cubrieron del rojo suntuoso de ellas mismas y resplandecí y vibré bajo el sol de la siesta. Un manto de hormigas coloradas, el más bello que he tenido jamás, el más vivo con antenas pulsátiles y gran estremecimiento en cada uno de sus pliegues, sus puntadas. Intenté más adelante repetir lo del manto vivo pero todo lo que hasta mí llegó y sigue llegando está ya muerto, aunque todavía tibio. El manto de serpientes que alguien sugirió una vez lo deseché por viscoso, inconstitucional. El primero fue un manto de amor y de respeto: no me picó ni una sola de estas hormigas devoradoras de hombres. Se hermanaron conmigo. Tan lustrosas, ceñidas, austeras, ágiles, nerviosas, sabiendo a ciencia cierta qué quieren y, lo que es más, a quién quieren.

En mi pubertad también yo supe a quién querer. Cuando me bajaron para siempre los testículos y mi hermana Estrella, aún desconocida, se quejó por primera y única vez antes de encontrar su cálido acomodo en medio de mis dos huevos.

–Manuel tiene tres pelotas, Manuel tiene tres pelotas, chilló en cierta oportunidad el opa Eulogio y fue lo único que chilló en su vida. Enseguida volvió a perder el habla y recuperó su mirada perdida de tarado. Como en aquel entonces yo todavía no me llamaba Manuel no me importó mucho. Más bien lo viví como un elogio. Lo que ahora denomino *el elogio de Eulogio*. El homenaje a Estrella hecho por un opa mudo que sólo habló para señalarla. Mi primer milagro.

Se lo conté muchas veces al Generalísimo, variando eso sí algo de texto. Los milagros pueden ser elásticos y el Generalís comprendía esas cosas aunque para otras hay que reconocer que era un poco

obtuso (por eso fallé en mi último intento con él y no pude devolverlo a la vida: por su pertinaz obcecación) (toda la luz que quise brindarle y él solo la recibió en vagos resplandores...). Pero el Generalísimo es secundario, ya hablaré de él cuando le llegue el turno. Por ahora y siempre el turno es mío, le cederé una pizquita cuando a mí se me antoje o quizá cuando Estrella lo reclame con fuerza. Ella lo amó, creo, aunque siempre tuvo la delicadeza de tratar de ocultarlo.

Volviendo al milagro, le solía narrar al Generalís que el Eulogio gritó –sus únicas palabras, su única emisión humana:

–El Manuel tiene aureola, el Manuel tiene aureola.

o

–El Manuel es un santo, el Manuel es un santo
o, más cerca de la verdad (si eso existe, si hay verdad excluyente):

–El Manuel tiene tres... marcas en la frente.

El Generalís no perdía su tiempo en vanas interpretaciones, solía aceptar las palabras al pie de la letra y los hechos como se le iban presentando, cosa que constituyó siempre su gran sabiduría.

Estrella, en cambio, no. Estrella lo discute todo, lo analiza vivisecciona e interpreta. Metafóricamente hablando, claro está. Porque ella es la metáfora viva.

Estrella. La que fue descubierta por las hormigas coloradas. Fue la única que conoció las mazmorras de hormigas, sus túneles secretos donde maman la vida. Yo me senté sobre el castillo de hormigas y destruí el castillo. Ella quedó colgando dentro de las entrañas del castillo –yo me había quitado toda la ropa en esa siesta para penetrar el mundo de castillos, sin saberlo ya sabía que el verdadero ropaje sería el manto pulsátil. Gracias a lo cual Estrella, cuya existencia yo aún ignoraba, penetró los derrumbados dominios de la hormiga y supo su secreto y charló con la reina. Simples circunstancias que la llevaron a *ser* la reina y a mí que la involucro su dios omnipotente.

Ahora sé: las hormigas son sabias y también temerarias o quizá viceversa o también viceversa. Por eso mismo. La sabiduría las lleva a la

temeridad, la temeridad a la sabiduría, en cíclico camino de vaivén ignorado por la mayoría de los tristes mortales que le tienen terror pánico al conocimiento y se niegan a jugarse el pellejo para poder alcanzarlo. Ellas no. Ellas saben que para alcanzar el conocimiento hay que pagar un precio y están dispuestas a todo. Muchísimas se pierden en la busca, hormigueros enteros llegan a descontrolarse y a armar las estructuras más insólitas, más bellamente inútiles y fatales. Pero las hormigas son seres inferiores: necesitan la droga. Ahora lo sé. Aunque creo que siempre lo supe por intermedio de Estrella. Las hormigas tienen criaderos de pulgones a los que ordeñan como si fueran vacas, se amamantan de los pulgones y se embriagan y saben. Como bien me habré embriagado yo, a los dos años de edad, por inconfesable vía, y desde entonces supe. No. Todo lo contrario: las hormigas libaron de mí y por eso no me devoraron vivo, y desde entonces supieron. Sus castillos los tucurús son desde entonces mucho más enhiestos y majestuosos.

Yo soy superior. Yo no necesito drogas aunque a veces las comparto con los otros por pura sociabilidad, por no parecer distinto. Y por mantener en funcionamiento mi negocio: yo produzco la droga –no ya por los poros sino en forma industrial– para que también los otros alcancen aunque sea en fugaces destellos un poco de esta luz que me ilumina.

Para mi uso personal yo *soy* la droga, la droga soy yo y las hormigas libaron de mis poros, de mis más privados intersticios, razón por la cual siento que no les he robado nada al construir este mi castillo subterráneo con túneles y pasajes, puentes y pasarelas, mazmorras y cárceles y esos respiraderos como torrecillas que vistas desde el aire parecen un campo de tucurús.

Puede que alguna hormiga osada, *in illo tempore*, haya hecho su hogar en mi persona para dictarme, tantos años después, la forma de los túneles y de los respiradores y mantenerme así fuera del alcance de la vista de aquellos que me buscan para acabar conmigo.

Un campo de tucurús es mi castillo visto del suelo para arriba. Del suelo para arriba se ve tan poca cosa...

Tacurús sabios, tubos por los que penetra el viento para que en todo mi laberíntico castillo suene música. De gimiente acordeón más que de órgano. Acordeón de las añoradas siestas infantiles, castillo subterráneo, eólico, milagro que muchas veces celebro bebiendo una copita del mejor ácido fórmico.

Hablé de mi isla flotante y hablé de mi castillo en tierra –bajo tierra–. Soy así de versátil y soy dueño también de todos los paisajes.

¿Por qué volví al terruño? Me preguntan los pocos que tienen acceso a mi persona y saben de los riesgos que mi vuelta implica. Porque yo soy mi terruño, estoy –estamos, no he de olvidarla a Estrella aunque nunca la mencione en público– hecho de esta arena finísima y purísima. Soy –somos– como el cristal: de una sola pieza, y no me engaño.

Los otros, los que se supone son mis enemigos, no pueden actuar sin mí y me consultan. Usando intermediarios, dando todo tipo de rodeos, pero igual me consultan y yo les sigo el juego: me hago el que no sé y me oculto de esa gente del gobierno, solo permito que emisarios disfrazados me encuentren, me transformo y me entrego a las metamorfosis más complejas para impedir que me encuentren permitiendo siempre que me encuentren y alentando los resultados. Me importa manejar los hilos aunque nunca aparezca mi nombre en los periódicos. He borrado mi nombre, solo muy de vez en cuando alguien atina a llamarme don Manuel y yo no lo estímulo para nada, la opinión pública no me interesa en lo más mínimo y prefiero que crean lo que creen: que me he vuelto invisible, que me ha tragado la tierra. Oficialmente nadie puede encontrarme, ni los gendarmes, ni la policía de mi país, a pesar de que una vez fueron mis colegas y conocen mis mañas, ni INTERPOL ni la CIA ni el FBI ni la KGB ni ninguna de esas siglas que fueron especialmente creadas para no encontrarme.

Soy invisible por dos razones a cual más meritoria:

–sé camuflarme bajo sus propias narices

–me he vuelto imprescindible para los que imparten las órdenes.

CAPITAL. NOCHE

–Te digo que es un tipo peligroso.

–Qué va. Es un pobre loco, se cree el ministro aquel de Bienestar Social ¿te acordás? Hace mil años. Ese que era brujo.

–¿Se creerá, realmente? ¿No lo será de veras?

–No. A ese lo liquidaron los militares enseguida del golpe. Qué lo iban a dejar salir con vida, ese tipo era una amenaza para ellos, sabía demasiado. Y a este lo dejan pastar tranquilo, hasta le permiten hacer la payasada de pretender esconderse cuando todo el mundo sabe que anda por ahí pavoneándose por los Esteros. Parece que hay quienes lo veneran y le llevan ofrendas.

–Claro, la gente del gobierno.

–Sos una exagerada, Rulitos. De acuerdo que los militares son unos animales, pero animales más o menos racionales. No se andan con brujerías.

–Las cosas que últimamente ocurren son de la más pura brujería, no me lo vas a negar.

–Esta desgracia se repite cada tanto en la historia de la humanidad. Se llama fascismo.

–No tenía por qué ocurrirnos a nosotros. Un pueblo alfabetizado, brillante, trabajador, pacífico.

–Son contingencias socioeconómicas. Contra las que hay que luchar. No contra brujerías inexistentes.

–Pienso que ustedes no harían mal en darse una vuelteita por los Esteros. En una de esas aclaran algo. ¿Cómo se llama el hombre?

–Dicen que Manuel o Daniel. Un nombre común. Pero también le dicen Gurí, Eulogio, Estrella, Seisdedos, el Serruchero, Hormiga Roja.

LOS TAMBORES

No hay caso, son infradotados nomás, siempre lo he dicho. Ahora creen que me van a encontrar en los Esteros. Me encuentran si yo quiero. Tengo mi propio país interior, un país de la mente donde me refugio a mi antojo y al que nadie llega. Sé que en la Capital se ha vuelto a hablar de mí y ha habido algunos trascendidos que me ubican en un punto geográfico. Que vengan a buscarme, nomás. Soy un submarino de la mente, me sumerjo a voluntad, los observo con mi periscopio secreto y si se acercan puedo enloquecerlos con un redoble de tambores.

Algo serio, los tambores. Son la fuerza del mundo más allá de las fronteras. Tambores, atabaques, congas, redoblantes, bongós, tumbadoras, murgas, guaguas, güiros, tamboriles, huehuetes, tablas. Esos. Nada de bombos que como ya lo he dicho pertenecen a otra región de mi historia. De los tambores recibo la fuerza y les devuelvo la fuerza a los tambores, triplicada. El parche de mi piel resuena, Estrella late en pulsaciones furiosas, yo me revuelco y vibro como si las manos de diez tamboriles negros estuvieran tañéndome. Veinte manos de palmas azuladas y algo frías estimulándome con la dulce intensidad de la que solo son capaces esas manos.

Tendré que volver. Voy a volver.

Por tres días con sus noches se preparó para el viaje y lanzó sus llamadas. Concentrándose ante su propio altar que era un gran espejo emitió ondas mentales para que vinieran a buscarlo fuera de fecha,

emitió también ciertas ondas hertzianas de frecuencia privada y se puso la túnica blanca a la espera del crepúsculo.

A la hora indicada se encendió una doble hilera de falsos tucurús para señalar la pista y la avioneta aterrizó sin contratiempos.

—Voy a aprovechar para cargar la mercadería, le dijo el piloto. Vamos a tener que volar muy alto, ahí está el equipo de oxígeno por si hace falta.

—Despreocúpese. Yo *siempre* vuelo alto.

La ancha cinta del río les señaló la frontera, y a los pocos kilómetros el piloto detectó la otra pista clandestina. Un aterrizaje casi a ciegas y el Cessna volvió a cobrar altura dejándolo a él solo en medio de la selva y a una cierta distancia del terreiro.

Se vio forzado a caminar en la oscuridad creciente, siguiendo la picada en medio de la selva. La túnica blanca se le fue tiñendo con la tierra colorada y las manchas de sudor se hicieron coágulos. Quizá por eso, quizá por otras señales más secretas, al llegar al terreiro donde se desarrollaba la ceremonia de quimbanda provocó el alarido.

¡Eshú! ¡Eshú! gritó la hija de santo ya posesa, contorsionándose bajo el enorme mantel blanco que los demás tendían a la altura del pecho.

¡Eshúuuu! fue el alarido general cuando él puso su primer pie en la ronça, y aunque era más bien grito de espanto él se esponjó de gusto. Los toques de atabaque cambiaron, empezó el llamado a Eshú, frenético, la hija de santo redobló sus convulsiones tratando de quitársela a Oshalá del cuerpo. Había que hacerle lugar a Eshú aunque el turno de Eshú ya había pasado.

Qué placer para él, el ser reconocido en su aspecto más oscuro, diabólico, el ser así aclamado aunque fuera con miedo, nunca ser bienvenido.

Unas gotas de sangre empezaron a caer pesadamente sobre el blanquísimo mantel y le dibujaron flores. Nadie se preguntó de dónde vendrían las gotas, el trance se fue apoderando de todos poco a poco y hombres y mujeres se lanzaron al ruedo y comenzaron a

retorcerse con el dolor del baile, a gemir como parturientas, a vibrar y a sacudirse. Y él hierático en el centro del círculo de danzantes respirando hondo y sintiéndose elevar mientras los atabaques rugen de furia y ya no se ven las manos de los batidores y el pai de santo lo nimba con el pestilente humo de su charuto. Alguien le alcanza una botella de aguardiente y él empieza a girar sobre sus talones y a rociar con aguardiente a todas las hijas de santo que bailan a su alrededor y se desmembran.

Shangó no baja, Iemanyá no baja a pesar de los llamados. Y los caballos galopan, piafan, corcovean los caballos de los santos sin espíritu que los monte porque Eshú se ha apoderado de la fiesta y es el desenfreno.

Aquí estoy y me elevo

Me desdoble

algo de mí se eleva por los aires mientras los bailarines abajo se desgarran yo no estoy entre ellos yo soy allá arriba un puntito de luz que brilla condescendiente y titila al compás de los tambores

soy ella, soy Estrella allá arriba y aquí abajo soy yo por encima de todos

los estrujo y bendigo

los tolero y los amo

los inundo y GRITO

grito sin que nadie me oiga. Me purifico y vivo los

tiempos más remotos.

Con peso de tres pelotas nadie puede arrastrarse por la tierra sin ser distinto. El opa Eulogio gritó y gracias a ese grito yo fui el Otro, el señalado. ¿Quién puede reprocharme el haberme desvestido ante el opa y una niña de 24 dedos? Ella era Seisdedos y ese mismo día se partió el embalsamado y Seisdedos se me fue a la deriva. Eulogio volvió a perder el habla y a mí nunca nadie me llamó Tripeloto aunque todos

supieron –me encargué bien de eso– que yo era distinto. Superior. Completo.

Para evitar preguntas abandonó al Eulogio en la desolación del embalsado y solito se fue impulsando el bote hacia donde debía estar la tierra firme. En medio de la laguna la pértiga no tocó fondo y tuvo que ponerse a remar aunque no sabía hacerlo. Giró mucho en redondo, fue su propio remolino, pasó una noche entera en medio del agua y por fin llegó al lugar donde acaban los esteros y pudo echarse a caminar, primero con el agua a la rodilla, después chapoteando en el barro y por fin en seco oh tan seco que a los tres días de marcha añoró el agua, la brillante laguna. Cuando por fin alcanzó el gran río ni le prestó atención. Solo supo que debía cruzarlo y no precisamente a nado; reconoció su anchura, su amenaza.

Del otro lado del río, cruzadas las fronteras, se encontró por fin con aquel que parecía esperarlo.

El que habría de ser maestro antes de verse degradado a la humillante condición de paria tenía en su casa un cartel que decía *Dejad que los niños vengan a mí* y él que entonces era niño se consideró llamado. Jura que nunca notó lo que estaba escrito debajo, con letra más pequeña: *de espaldas*.

Entró de frente, con la ídem bien alta y sus tres pelotas como quien dice en la mano. Las puso sobre la mesa, como quien dice, para inquirir sobre ese fenómeno.

El maestro se hincó ante él y le besó la supnumeraria. Hermana pelota, musitó, hermana, hermana. Y fue así como nuestro hombre entró en contacto con Estrella, a través del beso del maestro.

Estrella, su hermana gemela, la que en el vientre materno eligió incorporarse a él, permanecer para siempre a su abrigo.

El maestro lo inició a él en los tambores y a ella le puso un nombre: Estrella de la Mañana. Fue un bautizo lleno de emoción no limitado a sus partes pudendas que de alguna forma le colmó todo el cuerpo, lo inundó de temblores.

El maestro, impresionado por las palabras de Eulogio, lo llamó a él Manuel y lo invistió con sus primeras galas blancas, una túnica recamada en perlas y alborotada de puntillas.

–Manuel, pareces una novia, le dijo el maestro entre suspiros, y él aceptó sin vacilar el dudoso cumplimiento intuyendo que se trataba de su propio casamiento con la recién bautizada Estrella de la Mañana, para él Estrella de todo el día y de la noche, Estrella de la vida. Que ella te guíe, se repetiría a lo largo de los años, y ella dócilmente lo guiaría por su intrincado camino a lo largo de pantanos y de ciénagas. El maestro, sin entender muy bien que se estaba cavando su propia fosa, fue el padrino de ambos: besó al novio, a la novia y también un poquito más arriba y más abajo.

Se inició así la iniciación y empezaron los rituales junto con el lento aprendizaje de recetas: la preparación de perfumes propiciatorios, el jabón de las siete potencias, los talismanes a favor y en contra del mal de ojo, las hierbas de enamorar, los inciensos para la limpia y su contracara, el pestilente unguento para las salaciones.

Algunas recetas las aprendió demasiado bien y otras no tanto. Ciertos perfumes como el de Venus siempre le salieron volátiles y algo rancios. Pero creó novísimas fórmulas que le depararon un sitio de honor –algo tenebroso, son fórmulas oscuras– entre los iniciados del mundo entero.

La fórmula de la esencia que abre las puertas del secreto maldito fue su máxima especialidad y esa no se la transmitió jamás a nadie, la reservó para su uso privado y algunas veces obtuvo grandes satisfacciones. Muy buenos resultados supo darle esta fórmula en vida del Generalísimo, cuando no solo los poderes esotéricos sino también los terrenales pasaban por sus manos.

Ahora no quiero poderes terrenales, ahora estoy en otra busca y me aboco a la protección del huevo místico mientras Estrella se eleva por su cuenta y centellea, diáfana. Estrella tan mujer tan mía titila solo para mí y solo yo puedo verla. Por ahora nos entregamos al juego de la paciencia y trabajamos duro pero algún día obtendremos el fruto

de nuestro matrimonio y será un fruto tan pero tan perfecto que no habrá necesidad de ningún otro ser en este mundo. No necesitaremos a nadie ni siquiera para tañer tambores. Los tambores son ahora y no cuando llegue el tiempo sin medida en el que seremos tres y a la vez uno, como corresponde.

Mientras tanto los tambores claman por un sacrificio y Estrella se lo brinda, siempre tan abnegada, ella. Es su propia sangre menstrual la que gota a gota, rítmicamente, sigue cayendo sobre el mantel de Oshalá que era tan blanco y ya se ve cuajado de floraciones rojas. Es este el verdadero sacrificio: gotas de una sangre que renuncia al hijo, no de esa otra sangre vulgar que con generosidad sin límite anduvimos haciendo derramar por ahí para aquietar a los dioses menores, los que interfieren: correrá un río de sangre.

El humo se vuelve más y más denso, lo enmascara todo, ya, y solo veo unas formas blancas que siguen y siguen retorciéndose al son cada vez más frenético de los tambores, no veo las manos de los tamboreros que vuelan sobre los parches, solo oigo las palmas que tamborean, las yemas de los dedos, sucesión de dorsos, palma, sucesión de dedos, palma, palma, para cambiar el toque, y adivino el movimiento entre el humo densísimo de los cigarros que nos hace invisibles y sin moverme me integro al movimiento, me entrego al humo. Estrella flotando y yo también flotando en dimensión distinta. Son nubes. No es más el humo de charutos, ahora son nubes que me arropan, me envuelven como velos y yo floto sin el lastre de Estrella y me voy deshilachando en éxtasis.

Por eso soy tan puro, por eso tan amado –por mí–.

De las formas blancas de abajo más allá de las nubes una se ha desprendido y empieza a elevarse. Se me va acercando, flotando por los aires, y no puedo dejar de reconocerla con un estremecimiento que por poco me devuelve a ras de tierra. Es ella, es la Muerta, el sueño de mi vida, la que siempre quise encontrar cara a cara en movimiento y no como de costumbre protegida por el inviolable *rigor mortis*. Ella, tan transparente y rubia, cada vez más radiante, se acerca y su boca palpita como si me quisiera hablar, sí, me va a hablar nada menos que

a mí, el elegido, ella no se le aparece a cualquiera, ella solo viene a mí que tanto la he invocado, su cuerpo entero casi de puro aire aspira hondo y se llena más de aire, tiembla, está a punto de transmitirme su mensaje, lo dice

–Bajá, carajo. Bajá y hacete hombre.

Esta frase la guardo para mí en lo más recóndito de mi ser, como un tesoro. No se la he repetido a nadie porque la maldad humana podría malinterpretarla. Yo conozco la esencia, la esencia es esta:

Te rogamos que por una vez más abandones nuestro reino divino en las alturas. Vuelve por favor con los mortales que aún te necesitan.

Ella siempre ha sido algo brutal en sus conminaciones pero nadie puede ignorar su inmensísimo caudal de dulzura. Ella es el panal y yo la abeja que el panal construye, que del panal se nutre, se multiplica en el panal y lo destroza. Por lo tanto atendí grácilmente su pedido, bajé y me volví a hacer hombre. Dejé de ser dios por otro rato. Los tambores callaron y se disipó el humo.

La avioneta –una vez entregada su preciosa carga– volvió a buscarme para devolverme a mi lado habitual de la frontera.

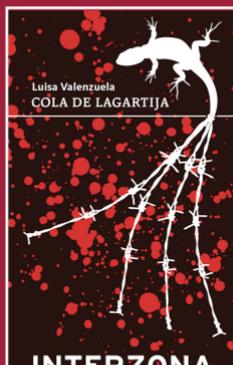
–Disculpe, señor, hemos tenido un breve enfrentamiento con los miserables de acá. Cada tanto nos atacan para hacer creer a su gente que no están con nosotros. No ha habido bajas, claro, pero como puede apreciar con el tiroteo nos reventaron un vidrio. Vamos a tener que volar bajito. Le ruego me disculpe, señor.

–Está bien así. Es lo que corresponde, por ahora.

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA